

científicas. Pero, aun en sus extravíos, es imposible no considerarle como uno de los grandes agitadores de la filosofía en vísperas del Renacimiento.

Innumerables fueron sus continuadores en Europa y en España; en general, no tuvieron verdadera trascendencia filosófica, desde que lo esencial en Lulio fué su originalidad personal, sus aventuras y su inquieto afán de proselitismo, condiciones intrínsecas que son más fáciles de admirar que de imitar. Baste decir que á principios del siglo XIX, el cisterciense P. Pascual pasó su vida entera en Mallorca, consagrado á estudiar la vida é ilustrar las ideas de Lulio. Los teólogos más serios pusieron de lado sus doctrinas, ciñéndose á las de Tomás; si algunos creyeron necesario combatirlas, fué para contrarrestar el entusiasmo de ciertos partidarios (1).

(1) «La hipócrita distinción averroísta entre la verdad teológica y la filosófica, provoca la enérgica reacción luliana, que por ir más allá de lo justo, borró los límites de las dos esferas, inclinándose á la teoría de la fe propedéutica, de la cual (bien contra la voluntad de sus autores) se encuentran vislumbres en varios libros del maestro, y en el prólogo del tratado de Las criaturas, de Raymundo Sabunde. De aquí la oposición de los dominicos y la ardiente controversia entre tomistas y lulianos, en la cual rompió Eymeriche las primeras lanzas.» Menéndez y Pelayo, ob. cit., pág. 60.

Entre los doctores de la época se le distingue con el nombre de «Iluminado», y en verdad, no pudo calificársele con más acierto. Su bibliografía es inmensa (1).

Los comienzos del siglo XIV señálanse por el creciente predominio cultural de Cataluña sobre Aragón; en tiempo de Alfonso IV (1328), las letras catalanas florecen y, con ellas, los escritos morales, las crónicas históricas, los alegatos religiosos y las disputas teológicas, supremacía más sensible aún durante el reinado de Pedro IV (1336-1387).

En una corriente puramente religiosa, el dominico y doctor en teología Vicente Ferrer (1357-1415), incomparable predicador, natural de Valencia, escribió en París varias obras místicas que merecen un recuerdo entre las de ese género, destinado á florecer en España bajo aspectos más literarios en el siglo XVI.

A fines del XIV escribió algunos escritos teológicos Fray Juan Fernández de Heredia

(1) Entre cien obras, puede leerse la de F. de Paula Canalejas: «Las doctrinas del doctor R. Lullo», Madrid, 1878.—Entre las historias generales, destácase la de Degérando por su interpretación de Lulio.—Buen artículo de C. Zévort en el Diccionario Filosófico de Franck.

(† 1399), muy inferiores á las crónicas de Aragón que nos transmitieron su nombradía. El franciscano catalán Francisco Eximenis escribió varios trabajos teológicos, reflejando los problemas que agitaban la escolástica por ese entonces; sus dos compendios morales, «El Crestiá» y principalmente su divulgadísimo «Libre de les dones», le dieron mayor fama, siendo el último imitado en el célebre «Corbacho».

Amigo de Pedro III, el Grande (1335-1375) y médico celebrado de las cortes de Aragón y de Sicilia, fué Arnaldo de Vilanova, pensador original dentro de la teología, curioso de la alquimia y demás semiciencias de la época, animado por un espíritu de renovación y un criterio independiente. Como todos los aragoneses y catalanes de su tiempo, estudió en Europa y fué uno de los más ilustres maestros de la Universidad de Montpellier. Además de la magnífica monografía de Haréau puede leerse el documentado estudio de Menéndez y Pelayo (cap. III, libro III, en los «Heterodoxos»), y otros de escritores catalanes contemporáneos (en los «Estudis Universitaris Catalans») que han agotado su biografía y sus doctrinas.

Grande amigo de la cultura fué Alfonso V de Aragón (contemporáneo de Juan II de Castilla y de Juan II de Navarra), que conquistó el tro-

no de Nápoles. Tradujo personalmente las epístolas de Séneca y gustaba de intervenir en las frecuentes controversias de los teólogos y moralistas, mostrando ingenio y doctrina. Abundaron en su tiempo los escritos morales, recopilados ó traducidos en su mayor parte; en su corte de Nápoles fueron singularmente protegidos los eruditos y traductores.

Es de universal notoriedad Raimundo Sebunde ó de Sebonde († 1432), médico, filósofo y teólogo, natural de Barcelona. Enseñó en la Universidad de Tolosa y vivió en continua relación con los escolásticos europeos; en su «Theologia Naturalis» se aparta un poco de las corrientes dogmáticas, no obstante su propósito de establecer las reglas y los argumentos de la religión para combatir á los ateos. Vinole su mucha fama de que Montaigne fué inducido por su padre á traducirlo, con el propósito de familiarizarlo con el castellano; aquél lo había recibido del tolosano Pedro Brunel, circunstancia que coincidió con el incremento del luteranismo para que el humanista francés diera á luz su «Apología de Raimundo Sebonde», que es uno de sus escritos más interesantes (1). La notoriedad del apologista motivó varias reimpresiones francesas de la

(1) Montaigne: «Ensayos», Libro II, cap. XII.

obra, que resulta inferior á su fama; conviene señalar que Montaigne, en su «Apología» suele sostener, en muchos puntos, lo contrario de Sebonde (1).

A fines del siglo xiv el arcediano de Zaragoza Don Pedro de Luna fué autor de buenos escritos morales y doctísimo teólogo. No habría quedado por ellos en la historia de la filosofía; quedó, en cambio, en la historia eclesiástica, pues en 1394 fué electo en Aviñón «antipapa», con el nombre de Benito XIII. Pocos años más tarde fué depuesto como cismático y declarado tal por el Concilio de Constanza. En 1417 se retiró con sus cardenales á Peñíscola y allí murió en 1424. Sus «Consolaciones de la Vida Humana» revelan gran cultura y ánimo de devolver la paz á la iglesia anarquizada. Figura con brillo en la historia de la homilética española y escribió varios tratados canónicos.

El fraile franciscano mallorquín, Anselmo de Turmeda, compuso á fines del siglo xiv un «Llibre de bons ensenyaments», de consejos morales en verso, muy difundido en Cataluña. Poeta, didáctico, astrólogo y pseudoprofeta, sus vaticinios sirvieron para estimular el celo de los par-

(1) Sainte Beuve: «Port Royal», vol. II, Libro III. Ad. Franck: op. cit., artículo «Raymond».

tidarios del conde de Urgel contra los secuaces de Fernando de Antequera. Los moros le hicieron cautivo y apostató; practicó la poligamia como un buen musulmán y compuso un extenso tratado en árabe, defendiendo el islamismo: «El presente del hombre letrado para refutar á los partidarios de la Cruz.» A principios del siglo xv escribió su muy curioso libro «La disputa del asno», puesto en el Índice. Esta «disputa» es una sátira destemplada y licenciosa, constituida por cuentos de indudable valor literario. Recientes críticos le han considerado como un impúdico plagiario que sofisticó por igual á moros y cristianos (1).

En el siglo xv escribió Bernat Metge su muy leído «El Somni», constituido por diálogos morales no exentos de valor literario dentro del idioma catalán (2).

En suma, los más grandes nombres de la filosofía española, en la hora augural del Renacimiento, fueron de esta región peninsular; no quiere ello decir, como suele pretenderse erró-

(1) Véase Miguel Asín Palacios: «El original árabe de la Disputa del Asno contra F. Anselmo de Turmeda». (Junta para ampliación de estudios é investigaciones científicas). Madrid, 1914.

(2) Edición con notas críticas y bibliográficas de R. Miguel y Plana. Barcelona, 1907.

neamente, so color de catalanismo, que haya existido una particular filosofía catalana, ni que hubiese una lógica propia del pensamiento filosófico local, distinto del español; ninguno de los dos tuvo características colectivas.

Después del teólogo y moralista Oliva, abad de Ripoll, y bibliófilo consumado, el magnífico Lulio acompañó la evolución europea de la escolástica; Vives se asoció al humanismo de Erasmo; Servet precedió á Harvey en la ciencia del Renacimiento. Y son de esa época luminosa el catalán Pennafort, docto y laborioso; el valenciano Vicente Ferrer, todo fervor y piedad; el famoso Juan Fernández de Heredia, maestro de cronistas, y Bernat Metge, autor del «Sueño» magistral, y Francisco Eximenés, moralista de firmes principios, y el ilustre médico filósofo Arnaldo de Vilanova, y otros que son honra de la cultura catalano-aragonesa. Corrían décadas brillantes cuando Alfonso V traducía personalmente las epístolas de Séneca y gustaba de terciar en controversias de teólogos y moralistas, siendo su par en agudeza de ingenio.

Gloria es de Barcelona aquel Raimundo Sebunde, cuya fama trascendió á Europa y fué entregada á la posteridad por la apología de Montaigne, fecunda en disputas. Y de Zaragoza lo es el doctísimo teólogo y moralista Pedro de Luna,

el antipapa, que se retiró á Peñíscola para legarnos sus «Consolaciones de la vida humana», de hondo sentido estoico y cristiano. Y en toda la región, más vasta, de Montpellier á Calatayud, floreció la escuela teológica y científica Iuliana; y frente á ella, todos los escolásticos antilulianos, que remataron en el catalán Nicolás Eymenrich, apasionándose por los más abstractos problemas que el pensamiento humanista planteó allende los Pirineos.

Nada faltó en aquella luminosa efervescencia cultural de Cataluña. Para que el cuadro fuese completo, hubo un ingenioso personaje de novela picaresca: Anselmo de Turmeda, ¿escapado de una página aún no escrita del Gil Blas de Santillana?, verdadero Doctor Sangredo de la teología, que engañó á cristianos glosando libros moros y engañó á moros glosando libros cristianos.

Esta tradición cultural tuvo su lógica en la historia catalano-aragonesa. No es por accidente que las primeras prensas alemanas, entradas á España, á fines del siglo xv, llegaron á Valencia, Barcelona y Zaragoza, antes que á Salamanca, Toledo y Avila.

Todo ello se agostó, es cierto, al realizarse la unidad política bajo la hegemonía de Castilla, convertida en teocracia al servicio del fanatismo

religioso. ¡Triste hora, aquélla, cuando solamente se permitió el cultivo crepuscular de la escolástica, que el Humanismo y el Renacimiento acababan de expulsar de Europa!

De esa España tuvo un gajo Cataluña, con Gaspar Lax, de Sariñena, cuya absurda ignorancia indignó, con razón, á Luis Vives cuando le frecuentó en París. En el siglo xvi la literatura catalana prosperó sin sentir influencias castellanas, particularmente la poesía. Pero entrando el siglo xvii las cosas cambiaron; el monopolio del comercio de Indias en favor de Cádiz y Sevilla, restó importancia al litoral mediterráneo. Por ese entonces comienza á interrumpirse la tradición cultural de la Cataluña grande, que ya se limita á presentar la gloria literaria de Castilla, ofreciéndole una inmarcesible corona por manos de Boscán.

Además de los nombres mencionados, otros muchos, de escasa significación filosófica, están mezclados al movimiento escolástico, tan ruidosamente estimulado por Lulio y continuado con gran actividad en los siglos xiv y xv. Bajo la nueva y vigorosa influencia de Tomás de Aquino muchos teólogos continuaron la lucha contra el averroismo, sin agregar originalidades al tomismo introducido de Europa. Dos corrientes distintas se manifestaron abiertamente dentro de

la escolástica aragonesa, en su lucha común contra el aristotelismo árabe-judío. Los unos, inspirados por cierto localismo teológico, quisieron seguir directamente la tradición de Raimundo Lulio; otros, más católicos que localistas, como el catalán Nicolás Eymerich, combatieron el lulismo en nombre del tomismo, poniendo la autoridad del de Aquino sobre la del mallorquín. Fué ésta la característica esencial de la escolástica aragonesa por esos siglos; la castellana, como veremos, no tuvo ninguna y reflejó pálidamente la escolástica pretomista que se extinguía ya en Europa.

V.—LA CULTURA CASTELLANA

En Aragón se refleja de dos maneras la influencia filosófica árabe-judía. Provoca directamente el antiaverroismo luliano, que constituye en cierto modo una escuela ú orientación autóctona; llega á través del naciente tomismo europeo, á renovar las fuentes de la primera escolástica, fomentando la segunda, iniciada por Tomás de Aquino. En Castilla esas influencias fueron menos sentidas; los teólogos que allí tuvieron entre manos el tesoro árabe-judío que renovó la escolástica europea, no se interesaron mu-

cho por el Aristóteles nuevo y completo que se traducía bajo sus ojos y pasaba directamente á Europa. La iglesia católica tenía una función política y temporal que desempeñar; su porvenir estaba en impedir todo espúreo contagio de Averroes y Maimónides, mirados como objetos de curiosidad dañina y rechazados como fuentes de inoportunas herejías (1).

En plena invasión árabe, el núcleo visigodo-católico, acorralado en un rincón de la península después de la batalla del Guadalete, comenzó á rehacerse en torno del rey godo Pelayo, que desde Covadonga emprendió su lucha contra los moros y no cejó en ella hasta su muerte (737).

(1) El aporte filosófico de los árabes y judíos á la escolástica europea, merece el siguiente juicio, diez siglos más tarde, al eruditísimo D. Marcelino Menéndez y Pelayo: «El panteísmo semítico-hispano continuó en el siglo XII inficionando la escolástica, pero no ya con el carácter de avicebronismo, sino con el de averroísmo y teoría del intelecto uno. Así le combatieron y derrotaron Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; pero no obstante sus derrotas, y convertido en bandera y pretexto de todas las impiedades que ya comenzaban á fermentar, tocó los límites del escándalo en el turbulento y obscurísimo siglo XIV, encarnándose, por lo que hace á España, en la singular figura de Fray Tomás Scoto, y en la mística blasfemia (no libro). De tribus impostoribus». Loc. cit., pág. 60.

Después de él, los monarcas católicos (1) vivieron en permanente guerra con los árabes, encendiendo cada día más su celo religioso. Poco á poco, en el alma castellana, la reconquista peninsular fué identificándose con el triunfo del catolicismo; la guerra contra los moros convirtiéndose en cruzada religiosa, aunque así no parecieron considerarla algunos monarcas, ni el famoso «Cid Campeador», que pactó, comerció y gobernó con los infieles de Valencia, viviendo primero de ellos y más tarde aterrorizándolos con su heroico bandolerismo.

Entre los visigodos sometidos á la dominación árabe no se apagó, sin embargo, la doble tendencia cristiana y herética que durante la dominación visigoda había culminado en Isidoro y Prisciliano. Los invasores dejaron á los sometidos una relativa libertad religiosa, de que éstos usaron al principio discretamente, conservando sus iglesias y obispos. En ese subsuelo cristiano del califato, formado por los mozárabes, germi-

(1) Siguen las conquistas de Alfonso el Católico y su hijo Fruela (757); éste funda el reinado de Asturias, que desaparece en el siglo X, sustituido por el de León, que con Navarra, Aragón y el condado de Barcelona (ya independiente de los francos), son los estados cristianos en el siglo X.

naron nuevas herejías y hubieron de combatir las los obispos católicos.

Los árabes, procediendo en esto con clara visión de sus conveniencias venideras, no omitieron esfuerzo por atraer á los cristianos residentes en sus dominios; los mozárabes, fundaron escuelas y academias en Córdoba, en Sevilla, en Toledo y donde pudieron, evitando ó prohibiendo que se escribiese en latín, para asimilarse el elemento cristiano mediante la extensión del propio idioma. Debió ser eficaz su tarea; en el siglo VIII un isidoriano, el obispo de Sevilla *Pedro Hispalense*, tradujo al árabe las Sagradas Escrituras, por entender que muy pocos, aun entre el personal eclesiástico, entendían ya el latín (1).

La tradición isidoriana fué conservada en Córdoba por los obispos cristianos que, en el siglo

(1) Isidorianos, como Pedro Hispalense, fueron los obispos Isidoro de Paz Augusta y Cixila de Toledo. El sucesor de éste, Elipando, adhirió á la herejía adopcionista defendida por Félix, obispo de Urgel, á quien también se plegó Claudio, más tarde obispo de Turín. Contra ellos escribieron el asturiano Beato, presbítero de Liébana, y Etherio, obispo de Osma, ambos estrictamente isidorianos. (Estos y otros datos más interesantes para la historia eclesiástica que para el desenvolvimiento de la cultura filosófica, pueden leerse en la «Historia de los Protestantes españoles», Cádiz, 1851, de A. de Castro; en «Histoire de la Réformation en Es-

ix, quisieron contrarrestar la asimilación de los mozárabes, por cuyo motivo fueron perseguidos; recrudesció con esto el isidorismo en la propia capital del califato (1). Para poner término á las inquietudes que motivaban, un edicto de 1147 desterró á Africa á los mozárabes que convivían en los dominios musulmanes.

El núcleo godo-castellano, asaz ocupado en los heroísmos de la reconquista, no dió muestras de actividad cultural, que puedan interesarnos (2), hasta fines del siglo XI, en que Alfonso VI,

pagne», de Moisés Droin, Lausanne, 1880; en la citada «Historia de los Heterodoxos», de Menéndez y Pelayo, etcétera. Bonilla y San Martín cree oportuno intercalarlos en el tomo I de su historia de la filosofía española.

(1) Distinguióse entre ellos el abad Esperaindeo, autor de un «Apologético contra Mahoma», de mucha eficacia. Tomaron represalias los árabes; respondiéronles Eulogio y Alvaro, que en 859 fueron ejecutados por las autoridades. Otros escritos polémicos redactaron el judío converso Alvaro Paulo, de Córdoba, y el poeta abad Samsón que la emprendió contra el hereje Hostegesis. En el mismo siglo IX varios religiosos peninsulares compusieron versos místicos en mal latín, prefiriendo la poesía apacible á la polémica turbulenta. (Véase nota anterior).

(2) Desde el reinado de Alfonso III (866) reanúdanse las cronistorias, redactadas todas por isidorianos, hasta principios del siglo XII: el obispo Sebastián de Salamanca, Dulcideo, Sampiro obispo de Astorga, Pelayo

con grande ayuda de Ruy Díaz de Viar (el «Cid Campeador»), conquistó á Toledo (1081) y se proclamó emperador de España, transfiriendo allí la corte que residía en Burgos.

Para la cultura castellana—y más considerablemente para la europea—el reinado de Alfonso VI señala una era memorable, ya ilustrada por la publicación del «Fuero de Avilés», en la nueva lengua castellana. Medio siglo antes, el arzobispo Don Raimundo de Toledo había fundado una Escuela, que con la entrada del rey católico adquirió importancia grandísima, sirviendo de puente para la penetración de la cultura árabe y judía en la Europa occidental.

Ya en el siglo XI Pero Affonso, judío converso, señala esa introducción de elementos orientales en el pensar castellano. Poco tiempo después, á mediados del XII, Pedro Compostelano escribió mezclando el agustinismo isidoriano con el averroísmo árabe.

La *Escuela de Traductores de Toledo* trabajó

de Oviedo, Monje de Silos (?); aunque el romance español adquiría difusión en el siglo XII, esas crónicas seguían escribiéndose en latín. En el siglo XI florecen varios escritores religiosos, consagrados á escribir vidas de santos y á contar milagros: Giraldo, Renaldo Gramático, Rodolfo de Carrión, Juan de León, que interesan á la historia literaria ó á la eclesiástica.

empeñosamente en la versión de los textos árabes al latín, creciendo en fama é importancia. Dispensóle eficaz protección Alfonso el Sabio y hacia ella convergieron cuantos por esa época se preocupaban de la cultura teológico-filosófica. Además de los traductores peninsulares, acudieron estudiosos de toda Europa, ya en pleno florecimiento escolástico; entre otros muchos, Gerardo de Cremona, Roberto de Rétines, Hermann el Dálmata, Hermann de Schildis, Miguel Escoto, Adhelardo de Bath. Es muy importante señalar que la influencia arábica sobre el Aristóteles traducido en Toledo era marcadísima; Europa recibió por esta vía un aristotelismo averroizado, como fué advirtiéndose en los siglos posteriores (1).

(1) «Los modos y caminos por donde otro influjo, el semítico, se inoculó en la ciencia española, no son tan conocidos como debieran, aunque para la historia de las ideas en la Europa occidental tienen mucha importancia. El saber de árabes y judíos andaba mezclado con graves errores, cuando en el siglo XII, por medio del colegio de intérpretes que estableció en Toledo el arzobispo D. Raimundo, y gracias á la asidua labor de judíos y mozárabes, se tradujeron sucesivamente las obras filosóficas de Avicena, Algazel, Alfarabi, Avicibrón, etc. El más ilustre de aquellos traductores, Domingo Gundisalvo, arcediano de Segovia, enseñó abiertamente las principales doctrinas de la escuela alejandrina, en su

Entre los traductores españoles, Domingo Gonzalo, arcediano de Segovia, conocido por Gundisalvo, fué el más fecundo. Sus méritos de traductor no resultan muy aumentados por sus propios escritos, que suelen ser glosas ó transcripciones de Abengabirol, Avicena y del aristotelismo y neoplatonismo árabe y judío. Su «Liber de Unitate», alcanzó, sin embargo, gran fama en el siglo XII y es notoria su influencia en los primeros tiempos de la escolástica. Una vasta bibliografía, en los últimos treinta años, ha incorporado su nombre á la historia de la filosofía. Es representativo de la misma escuela Juan Hispalense.

tratado De Processione mundo, bebiendo su doctrina en la Fuente de la Vida, del gran poeta judío Aben Gabirol. Divulgadas estas doctrinas en las aulas de París por los libros y traducciones del mismo Gundisalvo, de Juan el Hispalense y de los extranjeros que, anhelosos de poseer ciencia oriental, acudían á Toledo, nace muy pronto una nueva y formidable herejía, cuyos corifeos, dos veces anatematizados, fueron Amaury de Chartres, David de Dinant y el español Mauricio.» (Menéndez y Pelayo: «Hit. de los Heterodoxos españoles» vol I, página 60, edición de 1911). El eminente crítico, cuyo juicio fué siempre perturbado por la ortodoxia católica, no vacila en obscurecer el mérito de la Escuela de Traductores en cuanto ella, ilustrando á Europa, contenía la simiente de nuevas herejías; naturalmente.

Este naciente influjo de la cultura árabe y judía sobre la castellana tuvo su formidable contrapeso en la introducción del Tribunal del Santo Oficio; los «inquisidores de la fe», instituidos definitivamente por el Concilio de Tolosa (1229), minaron la cultura de algunos países católicos. Su influencia fué creciendo en todas partes, aunque en ninguna alcanzó, como en España, la significación de una dictadura teocrática. En los siguientes siglos llegó á coartar toda labor científica y filosófica (1), viendo en ello obra de moros y judíos. Pensar en discordancia con los teólogos oficiales, llegó á ser la más imperdonable de las herejías. Mientras Francisco de Asís fundaba una Orden (1221) para reaccionar contra el lujo y las riquezas, que fué adversa á la Inquisición, el español Domingo de Guzmán (2), fundó la suya (1215) para combatir el decrecimiento de la fe; á los dominicos predicadores fué conferido (1233) el triste privilegio de ejercitar las funciones de la Inquisición.

(1) Adviértase, desde ya que el eminente Vives estudió, enseñó y murió fuera de España, sin volver nunca á su patria. No escribió sus obras en lengua española.

(2) Pradier: «Les grands fondateurs d'ordres. S. Dominique». Tours, 1902. Ceferino González: «Biografía de Santo Domingo de Guzmán». Discurso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Vol. III.